

debajo de sus balcones, y admirado de la debilidad de Carlota, le dirigió la palabra. «¿Os agradaría—le dijo—que no marchasen?» La jóven se ruborizó, contuvo la respuesta en su corazón, y se retiró. Petion no comprendió aquella turbación, pero el porvenir se la reveló. Franquelin, después del suplicio de Carlota Corday, se retiró á una aldea de Normandía, herido de muerte por el rechazo del golpe de hacha que había cortado la cabeza á su adorada. Allí, solo con su madre, existió algunos meses, y murió pidiendo que se enterrasen con él el retrato y las cartas de Carlota. Esta imagen y este secreto yacen en aquella tumba.

## V

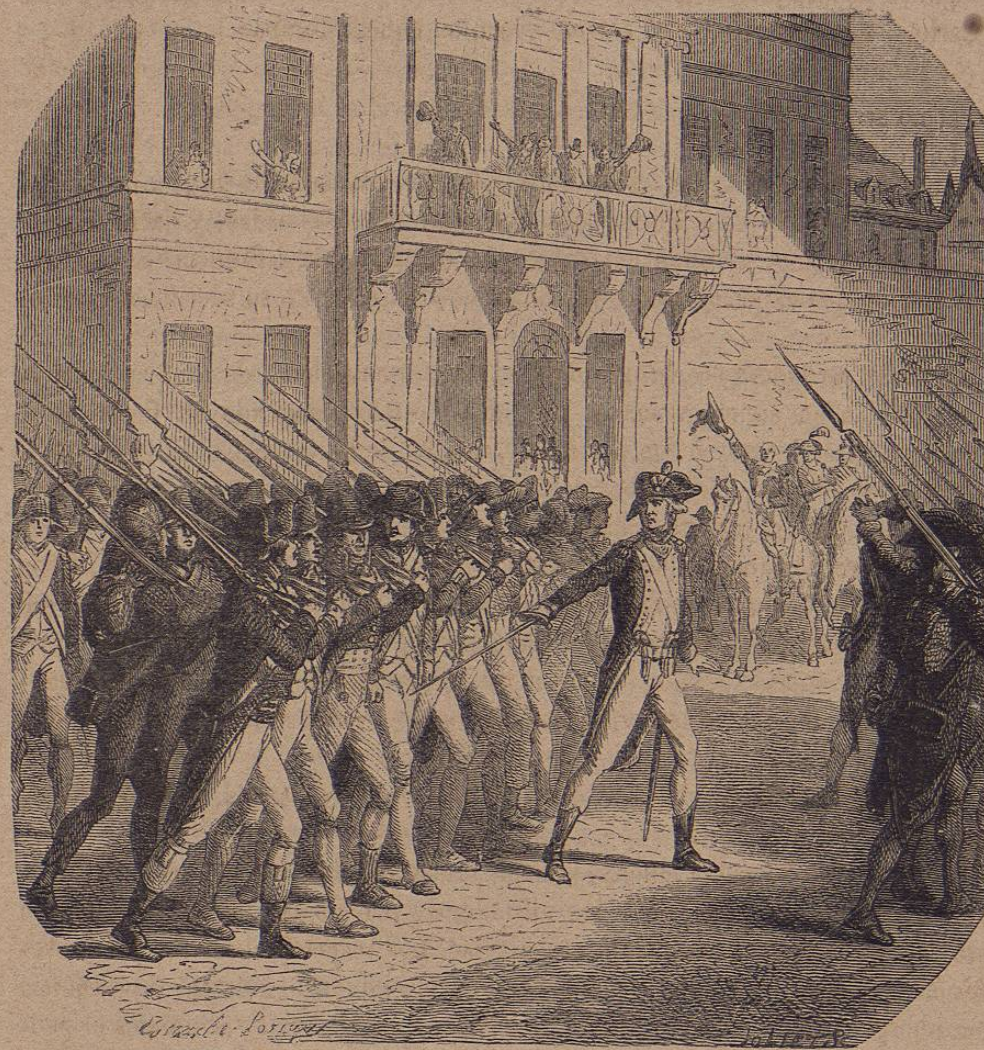
Desde la marcha de los voluntarios, sólo un pensamiento ocupó á Carlota: anticiparse á su llegada á Paris, conservar sus generosas vidas, y hacer innecesario su patriotismo, librando ántes que ellos de la tiranía á Francia. Este deseo, ántes sufrido que experimentado, fué una de las tristezas de su sacrificio, pero no la causa.

La causa verdadera era su patriotismo. Un presentimiento de terror pesaba ya sobre Francia en aquel momento. El cadalso estaba levantado en Paris, y se hablaba de pasearle muy luégo por todo el ámbito de la república. El poder de la Montaña y de Marat, si triunfaba, debía defenderlo únicamente la mano del verdugo. Decíase que el monstruo había ya formado las listas de proscripción y contado el número de cabezas que debían calmar sus sospechas ó su venganza. Lyon tenía señaladas dos mil quinientas víctimas, tres mil Marsella, veintiocho mil Paris, trescientas mil la Bretaña y el Calvados. El nombre de Marat producía el escalofrío de la muerte. Contra tanta sangre quería Carlota oponer la suya. Cuantos más lazos rompiese en la tierra, más agradable sería la voluntaria víctima á la libertad.

Tal era la secreta predisposición de su ánimo; pero Carlota, ántes de herir, quería ver.

De ningún modo podía enterarse mejor del estado de Paris, de las cosas y de los hombres, que acercándose á los girondinos, principales interesados en esta causa; quiso, pues, sondearlos sin descubrirse. Los respetaba bastante para revelarles un proyecto que hubieran podido condenar como un crimen, ó prevenirlo como una generosa temeridad. Tuvo la constancia de ocultar á sus amigos el pensamiento cuya realización iba á perderla para salvarlos á ellos. Pretextando especiales asuntos, se presentó á la intendencia, sitio en que los ciudadanos á quienes ocupaba algún negocio podían acercarse á los diputados. Vió á Buzot, Petion y Louvet. Dos veces conversó con Barbaroux. Las conversaciones de una jóven hermosa y entusiasta con el más jóven y hermoso de los girondinos, bajo pretexto político, podía dar ocasión á la calumnia, ó al ménos á que en algún labio apareciese cierta sonrisa de incredulidad. Así sucedió en los primeros momentos. Louvet, que después escribió un himno á la pureza y á la gloria de la jóven heroína, creyó aceptables al principio estas vulgares seducciones de los sentidos, cuyos cuadros delineó en su novela *Faibles*. Buzot, ocupado con otra imagen, apenas dirigió una mirada á Carlota, y Petion, al atravesar la sala general de la intendencia, le soltó alguna chanzoneta sobre su asiduidad en la asistencia y

sobre el contraste que presentaba su nacimiento con su modo de obrar. «Hé ahí—le dijo sonriendo—la jóven aristócrata que viene á ver á los republicanos.» La jóven comprendió la sonrisa y la insinuación que hería á su pudor. Se ruborizó en el momento, mas se repuso, y con un tono de seria reconvencción, pero amistoso, respondió: «Ciudadano Petion, hoy me juzgais sin conocerme; algún día sabreis quién soy».



Revista de los voluntarios federalistas de Caen.—Pág. 43.

En las audiencias que alcanzó de Barbaroux, y que de intento procuraba alargar para empaparse con sus discursos en el republicanismo, en el entusiasmo y en los proyectos de la Gironda, se presentó con la modesta apariencia de pretendiente. Pidió al jóven marselles una carta de recomendación para uno de sus colegas de la Convención que la presentase al ministro del Interior. Decía que tenía que hacer al gobierno ciertas reclamaciones en favor de la señorita Forbin, su amiga de infancia. La señorita Forbin, conducida por sus parientes, había emigrado, y soportaba en Suiza la indigencia. Barbaroux le dió una carta para Lauze de Perret, uno de los setenta y tres diputados del partido de la Gironda, olvidado en la primera proscripción.



Esta carta de Barbaroux, que más tarde sirvió á Lauze de Perret de billete para el cadalso, no contenía palabra alguna que pudiera imputarse como crimen al diputado que la recibía. Barbaroux se limitaba á recomendar una jóven ciudadana de Caen á la consideracion y proteccion de Lauze de Perret. Anunciábale un escrito de su comun amigo Salles sobre la Constitución. Provista de esta carta y de un pasaporte que algunos días ántes habia tomado para Argentan, dió Carlota gracias y se despidió de Barbaroux. El acento de sus palabras despertó en Barbaroux un presentimiento que entónces no pudo comprender. «Si hubiéramos conocido su designio,—dijo más tarde,—y sido capaces de un crimen por tal mano, Marat no sería la víctima que hubiésemos designado á su venganza.»

Las chanzonetas que Carlota mezclaba constantemente en lo serio de las conversaciones patrióticas desaparecieron desde que para siempre abandonó la morada de los girondinos. Luchaba interiormente por última vez entre el pensamiento y la ejecucion; una gran prevision y estudiado disimulo ocultó esta lucha. La gravedad de su gesto, y ciertas lágrimas que sorprendieron algunos de sus parientes cercanos, revelaban la agonía voluntaria de su suicidio. Preguntada por su tia, contestó: «Lloro por las desgracias de mi país, por las de mis parientes y por las vuestras: miétras que Marat exista, nadie tendrá segura su vida».

Madama de Bretteville recordó despues que un día, al entrar en el cuarto de Carlota para despertarla, encontró una biblia vieja abierta en el pasaje de Judith, y que leyó este versículo, subrayado con lápiz: «Judith salió de la ciudad deslumbrante de belleza, la cual le habia dado el Señor para librar á Israel».

El mismo día que salió Carlota para concluir sus preparativos de marcha, encontró en la calle á algunos vecinos de Caen que jugaban á las cartas delante de las puertas de sus casas, y les dijo con marcado sarcasmo: «¡Jugais, y la patria está agonizando!»

Su andar y sus palabras manifestaban la impaciencia y la precipitacion de la marcha. Efectivamente, el 8 de Julio salió para Argentan, donde se despidió de su padre y de su hermana. Les dijo que iba á buscar en Inglaterra un asilo contra la revolucion y contra la miseria, y que ántes de poner en planta su proyecto, venía á recibir la bendicion paternal.

Su padre aprobó esta separacion.

La tristeza y la miseria de la casa paterna, la muerte prematura de su madre, el destierro de sus hermanos, la pérdida de sus esperanzas y la extincion de los lazos de la infancia, léjos de debilitar, afirmaron más y más á la jóven en su resolucion. Tras ella no dejaba ninguna felicidad que pudiera retraerla, ninguna vida comprometía, ningun despojo legaba. Abrazando á su padre y hermana, lloró más por lo pasado que por lo futuro. El mismo día volvió á Caen. Engañó la ternura de su tia con la misma estratagema que engañó la de su padre: le dijo que muy luégo se dirigiria á Inglaterra, donde varios amigos emigrados le tenían preparado un asilo y le brindaban con una fortuna que no podia prometerse en su patria. Este pretexto atenuó el sentimiento de la despedida y de los preparativos domésticos de su marcha, que dispuso secretamente para el 9 de Julio, en la diligencia de Paris.

Carlota empleó las últimas horas de su permanencia en Caen en manifestar su reconocimiento para con su buena tia, á quien era deudora de una larga y apaci-

ble hospitalidad, y valiéndose de una de sus amigas, aseguró la suerte de una criada anciana que habia cuidado de su niñez. En algunas tiendas de Caen encargó y pagó adelantados ciertos trabajos de ropa y bordados, para que despues de su marcha los remitiesen como recuerdo á algunas amigas de su infancia. Sus libros predilectos los distribuyó entre las personas de su intimidad; sólo se quedó con el Plutarco, como si en la crisis de su vida no hubiese querido separarse de la sociedad de los grandes hombres con quienes habia vivido y queria morir.

En fin, el 9 de Julio, muy temprano, tomó bajo su brazo un lio con su ropa más precisa, abrazó á su tia, le dijo que iba al campo á cópiar algunas vistas, y llevando en la mano su cartera de dibujo, salió de la casa para no volver á entrar en ella.

Al pié de la escalera halló un niño de un pobre jornalero, llamado Roberto, que habitaba en un cuarto bajo. Comunmente jugaba el niño en el patio, y alguna vez le daba estampas. «Toma, Roberto,—le dijo entregándole su cartera de dibujo, que ya no necesitaba para guardar sus trabajos,—toma para tí; sé bueno y dame un beso, que ya no me verás más.» Y abrazó al niño, dejándole en su mejilla una lágrima. Fué la última lágrima que vertió en la casa de sus primeros años. No le restaba ya que ofrecer sino su sangre.

Su marcha, cuya causa se ignoraba, se reveló á los vecinos de la calle de San Juan por una circunstancia que es la última pincelada de la calma y serenidad de su alma hasta el fin de su resolucion.

Frente á la casa de madama de Bretteville, al otro lado de la calle de San Juan, habitaba una respetable familia de Caen, llamada Lacouture. El hijo de la casa, apasionado á la música, dedicaba algunas horas del día al piano. Sus ventanas permanecian abiertas, y los acordes del piano iban á perderse á las vecinas habitaciones. Carlota, para escuchar más libremente aquellos acordes sonidos, entreabria las persianas á la hora en que empezaba la sesion. Alguna vez, cubierta su cabeza con la cortina, se colocaba de codos en el antepecho de la ventana, desde donde escuchaba los acentos de la música. El artista, alentado con la aparicion de aquella beldad extasiada, no dejaba pasar ningun día sin que á la misma hora se sentase delante de su piano, y Carlota recompensaba su asiduidad abriendo tambien puntualmente la ventana. El gusto del mismo arte habia establecido una muda inteligencia entre estas dos almas, que sólo se conocian por aquellos sonidos.

La víspera del día en que Carlota, fortalecida ya en su resolucion, se preparaba á marchar para llenar su mision y morir, sonó el piano á la hora acostumbrada. Carlota, arrancada á sus continuas ideas por el poder de la costumbre y por el atractivo del arte que tanto le agradaba, abrió la ventana como ordinariamente, y parecia que escuchaba con más calma y más extasiada que nunca. No obstante, cerró con precipitacion ántes que el músico hubiese concluido, como queriendo separarse violentamente del último placer que la cautivaba.

Al día siguiente, el jóven vecino, al sentarse delante de su piano, miró hácia el *Grand Manoir* para ver si los primeros preludios harian descorrer las cortinas de la sobrina de madama de Bretteville. Pero la ventana cerrada no volvió á abrirse, y esto instruyó al músico de la marcha de Carlota. Los acordes del instrumento vibraban aún, pero el alma de la jóven escuchaba sólo la tempestuosa persecucion de su idea, la voz de la muerte y los elogios de la posteridad.



El desembarazo y la firmeza de su conversacion en el coche que la condujo á Paris, inspiró sólo á sus compañeros de viaje admiracion, benevolencia y aquella natural curiosidad hácia una mujer que se presenta deslumbradora de belleza y de juventud. Durante la primera jornada jugó continuamente con una niña que la casualidad colocó inmediata á ella, ya fuese porque su cariño á los niños sobrepusase á su preocupacion, ó ya porque, depuestas en algo sus penas, quisiese gozar unas pocas horas con la inocencia y con la vida.

Los demas compañeros de viaje eran exaltados montañeses que iban á acrisolarse á Paris, vomitando imprecaciones contra la Gironda y deshaciéndose en elogios de Marat. Encantados por las gracias de la jóven, se esforzaron en arrancarle su nombre, el objeto de su viaje y su domicilio en Paris. Su aislamiento y su juventud les animó á ciertas familiaridades, que ella reprimió con la decencia de sus modales y la brevedad evasiva de sus respuestas, y finalmente las evadió fingiendo que dormia. Un jóven más reservado, seducido por tanto pudor y hermosura, se atrevió á declararle una respetuosa admiracion, y la suplicó que le autorizase para pedir su mano á sus padres. Contestó con jovialidad y chanceándose sobre tan repentino amor; pero prometió al jóven que más tarde le haria sabedor de su nombre y de sus proyectos respecto á este asunto. Hasta el fin del viaje encantó á sus compañeros por su grata compañía, que sintieron abandonar.

## VI

Entró en Paris el juéves 11 de Julio á mediodía. Hizo que la condujesen á una casa que le habian indicado en Caen, calle de Vieux-Augustins, número 17, fonda de la Providencia. Se acostó á las cinco de la tarde, y durmió en profundo sueño hasta el dia siguiente. Sin confidente y sin testigos durante aquellas largas horas de soledad y de agitacion, en una casa pública y con el ruido de Paris, cuya inmensidad y tumulto absorben las ideas y alteran los sentidos, nadie sabe lo que pasó en el alma de Carlota al despertar, teniendo siempre ante sí aquella resolucion que reclamaba su cumplimiento. ¿Quién es capaz de medir la fuerza del pensamiento y la resistencia de la naturaleza? El pensamiento la dominó.

Se levantó, se puso un vestido sencillo, pero decente, y se dirigió á casa de Lauze de Perret. El amigo de Barbaroux estaba en la Convencion. Sus hijas, en ausencia de su padre, recibieron de la jóven forastera la carta de introduccion de Barbaroux; pero Lauze de Perret no debia volver hasta la noche. Carlota se dirigió á su habitacion, en donde pasó el dia leyendo, reflexionando y orando. A las seis volvió á casa de Lauze de Perret. El diputado comia con su familia y amigos. Se levantó y recibió á Carlota sin testigos. Carlota le insinuó el favor que de él esperaba, y le suplicó que la acompañase á la audiencia del ministro del Interior, Garat, para que con su presencia y apoyo fuesen de más valía sus reclamaciones. Esta peticion era sólo un pretexto de Carlota para acercarse á uno de esos girondinos por cuya causa se sacrificaba, y para deducir de sus conversaciones indicios y conocimientos que la guiasen á la mayor seguridad de sus pasos y del golpe de mano que iba á descargar.

Lauze de Perret, apremiado por la hora y no pudiendo dejar á sus convidados, le dijo que aquel dia le era imposible acompañarla á ver al ministro Garat,

pero que al siguiente iria á buscarla á su habitacion, y desde allí la acompañaria al ministerio. Entregó á Perret las señas de su posada junto con su nombre, y dió algunos pasos para retirarse; pero movida sin duda por su aspecto bondadoso y por la idea de sus jóvenes hijas, le dijo con voz algo misteriosa pero llena de interes é intimidad: «Permitidme que os dé un consejo, ciudadano: dejad la Convencion; allí no podeis impedir el mal. Marchad á Caen á reuniros con vuestros compañeros y hermanos». «Mi deber está en Paris,—contestó el representante,—y no le abandonaré.» «Cometeis una falta,—replicó Carlota, insistiendo de un modo significativo y casi suplicante.—Creedme,—añadió en voz baja y rápido acento,—huid, huid, pero mañana ántes de la noche.» Y salió sin aguardar la respuesta.



Partida de Carlota Corday á Paris.—Pág. 47.

Estas palabras, cuyo sentido conocia sólo Carlota, fueron interpretadas por Lauze de Perret como una alusion á los peligros que en Paris cercaban á los hombres de sus opiniones. Volvió á reunirse con sus amigos, y les dijo que en la jóven que acababa de ver, ya en su actitud, ya en su expresion, habia notado cierto misterio que le habia impresionado y obligado á recomendarle la reserva y circunspeccion. Al anoecer de aquel mismo dia la Convencion expidió un decreto mandando que se sellaran los muebles de los diputados sospechosos por su amistad y relaciones con los veintidos. Lauze de Perret era del número de éstos. Al dia siguiente 12 muy de mañana fué á buscar á Carlota á su habitacion y la condujo á casa de Garat, el cual no les recibió, porque el ministro no daba audiencia ántes de las ocho de la noche. Este contratiempo pareció desanimar á Lauze de Perret, el cual dijo á la jóven que su calidad de sospechoso, junto con la providencia que aquella noche habia tomado la Convencion, eran circunstancias que más dañaban que favorecian á sus clientes; que á más, carecia de un poder de la



señorita Forbin para obrar en su nombre, y que esa falta de formalidad hacía inútiles sus pasos.

La desconocida insistió poco, como una persona que ya no necesita del pretexto para disfrazar su intencion, y á quien bastan las primeras razones para desistir de su pensamiento. Lauze de Perret se separó de ella en la puerta de la fonda de la Providencia. Carlota fingió que entraba, pero salió al momento y fué preguntando de calle en calle hasta el Palacio Real.

Entró en el jardín, no como una forastera que quiere satisfacer su curiosidad contemplando los monumentos y paseos públicos, sino como una viajera á quien sólo lleva un asunto á la capital, y que no quiere perder ni un paso ni un día. Buscó en las galerías la tienda de un cuchillero. Entró, escogió un cuchillo-puñal con el mango de ébano, pagó tres francos, lo ocultó bajo su canesú, y con mesurado andar volvió otra vez al jardín, sentándose un momento en uno de los bancos de piedra arrimados á las arcadas.

Allí, aunque sumergida en sus ideas, se distrajo con los juegos de los niños que retozando junto á ella se apoyaban confiadamente sobre sus rodillas. Por sus labios divagó todavía una sonrisa femenil arrancada por aquellos juegos y por aquellos infantiles rostros. Sus indecisiones la oprimian, indecisiones que recaian no sobre la ejecucion de su proyecto, que estaba resuelta á llevar á cabo, sino sobre los medios de ejecutarlo. Quería convertir el asesinato en una inmolacion solemne que infundiese el terror en el alma de los imitadores del tirano. Su primer pensamiento habia sido atacar á Marat y sacrificarle en el Campo de Marte, durante la gran ceremonia de la federacion que debia verificarse el 14 de Julio en conmemoracion de la libertad conquistada; empero el aplazamiento de esta solemnidad hasta el triunfo de la república sobre los partidarios de la Vendée y los insurrectos le robaba el teatro y la víctima. Su segundo pensamiento habia sido hasta el último momento inmolarse á Marat en la misma Montaña, en el centro de la Convencion, á la vista de sus adoradores y de sus cómplices. Su esperanza en este caso era la de ser inmolada en seguida y hecha trizas por el furor del pueblo, sin dejar otros vestigios ni más memoria que dos cadáveres y la tiranía anegada en su sangre. Sepultar su nombre en el olvido y no buscar más recompensa que en su accion misma, no pidiendo su remordimiento ó su celebridad más que á su conciencia, á Dios ó al bien que hubiese verificado, ésta era en suma la única ambicion de su alma. ¿La vergüenza? El recuerdo de su familia se la hacía odiosa. ¿La celebridad? Ni para sí la deseaba. La gloria le parecia un salario humano, indigno de su desinterés, y sólo propio para amortiguar su virtud.

Pero en las entrevistas que tuvo despues de su llegada á Paris con Lauze de Perret y sus huéspedes habia sabido que Marat no se dejaba ver más que en la Convencion. Era, pues, forzoso buscar su víctima en otra parte, y para llegar á ella se necesitaba engañarla.

## VII

Resolvióse á ello. Este fingimiento, que mortificaba la lealtad natural de su alma, que cambiaba el puñal en trama, el valor en ardid, y en asesinato la inmolacion, fué el primer remordimiento de su conciencia y su primer castigo. Distín-

guese un acto criminal de uno heroico, ántes que se consuman aquéllos, por los medios á los cuales se hace forzoso recurrir para verificarlos. Es una necesidad para el crimen el engaño, jamás para la virtud, y es así, porque aquél es la mentira, y ésta la verdad en accion. El uno necesita las tinieblas, el otro la luz. Decidióse Carlota por el engaño, y esto le fué más penoso que el asestar el golpe. Confesólo ella misma. La conciencia es justa ante la posteridad.

Apénas hubo vuelto á su habitacion, escribió á Marat una esquela que entregó á la puerta del *amigo del pueblo*. «Llego de Caen,—le decia.—Vuestro amor por la patria me hace esperar que os enterareis con satisfaccion de los desgraciados acontecimientos de esta parte de la república. Yo me presentaré en vuestra casa hácia la una; tened la bondad de recibirme, y concededme un momento de audiencia. Os presentaré ocasion para prestar un gran servicio á Francia.»

Contando Carlota con el efecto de esta esquela, encontróse á la hora que habia indicado á la puerta de Marat, mas no se la introdujo ante él. Dejó entónces á su portera una segunda esquela, más urgente é insidiosa que la primera. En ésta se apelaba, no solamente al patriotismo, sino tambien á la piedad del *amigo del pueblo*, y le tendia un lazo haciendo gala de la generosidad que en él suponía. «Os he escrito esta mañana, Marat,—le decia.—¿Habeis recibido mi carta? No puedo creerlo, pues encuentro vuestra puerta cerrada. No dudo que mañana me concedereis una entrevista. Os lo repito, vengo de Caen; tengo que revelaros los más importantes secretos para la salvacion de la república. Soy á más perseguida por la causa de la libertad, soy desgraciada, y este título es suficiente para tener derecho á vuestro patriotismo.»

Sin esperar la contestacion, salió Carlota de su cuarto á las siete de la tarde, vestida con más cuidado que ordinariamente, para seducir con una apariencia más decente la vista de las personas que vigilaban á Marat. Sobre su vestido blanco llevaba una pañoleta de seda que cubria sus espaldas, velaba su pecho y se angostaba bajo éste á manera de cinturon, anudándose tras el talle. Encerraba sus cabellos una gorra normanda, cuyas blondas flotantes caian sobre ambas mejillas; una ancha cinta de seda verde sujetaba la gorra alrededor de sus sienas. Su cabellera se desprendia sobre su cuello, y solamente algunos bucles se esparcian sobre sus hombros. Ninguna palidez en el rostro, ningun sobresalto en la mirada ni ninguna emocion en la voz patentizaban en ella la idea que abrigaba. Con tan seductores encantos se presentó á la puerta de Marat.

## VIII

Marat vivia en el primer piso de una casa arruinada de la calle de los Franciscanos, hoy de la Escuela de Medicina, número 18. Su habitacion se componia de una antesala y de un escritorio cuyas luces daban sobre un patio estrecho, de una pequeña pieza adyacente donde estaba su baño, de un dormitorio y de un salon cuyas ventanas recibian la luz de la calle. Esta morada se encontraba casi desamueblada. Las numerosas obras de Marat amontonadas en el suelo, los periódicos, húmedos aún de tinta, esparcidos sobre las sillas y mesas, los operarios de la imprenta entrando y saliendo sin cesar, mujeres empleadas en doblar y compaginar los folletos y los periódicos, los gastados tramos de la escalera, los umbra-